

EN QUE MEDIDA EL ESTUDIO HISTORICO DE LAS BIBLIOTECAS CONTRIBUYE AL CONOCIMIENTO DE LOS CONTACTOS CULTURALES DE LA EDAD MEDIA

PERE BOHIGAS

La figura de San Benito se ha convertido en símbolo. Por tal motivo el decimoquinto centenario de su muerte es ocasión para recordar nuestra deuda con los *scriptoria* medievales, en cuya obra participaron de modo notable los hijos espirituales del santo. En esta ponencia, a guisa de muestras significativas, he reunido algunos ejemplos reveladores de los contactos que, gracias a la acción de los *scriptoria*, se establecieron entre países que entonces se consideraban muy distantes. Estos ejemplos nos plantean problemas difíciles, motivo por el cual, no nos ha parecido oportuno recordar prácticas metodológicas actualmente en vigor, que tienden en lo posible a facilitar su solución.

I

Es bien sabido que durante largos siglos de la Edad Media la cultura vivió prácticamente en el seno de la Iglesia, si en ocasiones penetró en el mundo de los laicos, esta infiltración procedía de la Iglesia. El *Scriptorium* y la biblioteca eclesiástica fueron durante siglos foco único de cultivo de las letras y las ciencias. Las circunstancias así lo impusieron. La misión evangelizadora de la Iglesia necesitaba del *scriptorium* y la biblioteca para perpetuar su doctrina con pureza, para lo cual había que contar con un escribiente, el *anticuario*, que entendiera el texto que copiaba y lo reprodujera con fidelidad. Así lo comprendió Casiodoro al fundar el *Vivarium* a mediados del siglo VI, cuya misión específica había de ser la copia de libros. El *Vivarium* fue una comunidad de monjes copistas, para quienes su fundador, en sus escritos *De institutione divinarum litterarum*, *De artibus ac disciplinis liberalium litterarum* y *de Orthographia* (1), trazó un programa que llevaron a cabo los *scriptoria* de los siglos siguientes. De dicho programa lo más importante es la constitución de la biblioteca vivariense con los libros de su fundador; la obtención de copias correctas que de estos libros debían sacarse, las cuales al diseminarse, vigorizarían

(1) MIGNE: *Patrología latina*, vol. 60.

la cultura cristiana por doquier, y la formación del buen copista, fiel intérprete de las obras que copiaba. A la materia que Casiodoro concedió más importancia después de la ciencia sagrada fueron los estudios gramaticales. Tampoco desdeñaba la belleza externa de los libros ni la corrección caligráfica. Casiodoro consideraba que en su tiempo la biblioteca era la única forma posible de propagación de la ciencia, puesto que la vida de las ciudades, muy insegura, hacía imposible la existencia de escuelas. Ante tal situación no cabía otro recurso que confiar el trabajo de formación cristiana a los copistas, que desde una biblioteca bien dotada y edificada en lugar apacible podrían diseminar por todas partes copias de libros formativos. La nobleza de la ocupación del copista fue ensalzada por Casiodoro en una bella página. *Tot enim vulnera Satanas accipit —dice— quot anti-quarius Domini verba describit.* Podrían repetir estas palabras cuantos han convertido la pluma en instrumento de proselitismo.

El *Vivarium* desapareció sin dejar huellas, pero las órdenes monásticas y las canónicas catedralicias fueron los verdaderos artífices del plan proyectado por Casiodoro. Las reglas monásticas son menos explícitas en lo que atañe al *scriptorium* y a la biblioteca que los textos casiodorianos o el *Oracional* visigótico, pero no debemos olvidar que las obras que hemos citado de Casiodoro se escribieron especialmente para una comunidad de copistas, mientras que las reglas fueron escritas para ordenar la vida religiosa de los monjes. Cuando éstas hablan de lecturas se refieren siempre a lecturas religiosas y expresan de forma contundente su hostilidad a las lecturas profanas. Pero es lo cierto que lo que nos ha llegado de la antigüedad clásica latina, en su mayor parte, nos ha sido transmitido por copias ejecutadas en la época carolingia durante el renacimiento de los siglos IX y X, sobre originales en su mayoría desconocidos, que no sabemos por qué caminos llegaron a los centros que nos los transmitieron. Digamos también que fue en estos siglos cuando se propagó la Regla de San Benito y fue adoptada por comunidades que anteriormente se habían acogido a otras reglas. Los hilos que conducen desde los primeros arquetipos a los más antiguos códices conservados de las obras de la antigüedad pagana y cristiana casi siempre se han roto y hemos de acudir al estudio interno de los textos y al examen externo de los códices o examen codicológico para ver si ellos nos permiten vislumbrar el camino visible de la transmisión de las obras. En este ámbito las disciplinas filológicas e históricas, bien que con métodos diferentes, persiguen análogo fin. Por lo que concierne a las segundas, diremos que el dato codicológico, cuando existe, es preciso; pero desgraciadamente a menudo ha desaparecido con las múltiples desventuras que ha sufrido el libro desde que salió de manos del copista hasta que ha llegado a nuestras manos. El estudio del libro manuscrito, tanto en el aspecto textual como en el formal, es pues por naturaleza pluridisciplinar, lo que obliga a los investigadores de un campo a no desentenderse de los resultados obtenidos por los del otro campo. Si el filólogo conoce con certeza la procedencia del manuscrito base, cuenta ya con un punto sólido de referencia al ambiente cultural de donde el texto procede, lo cual puede explicarle algunas peculiaridades del mismo. Es significativo que en algunas reseñas de ediciones recientes de textos antiguos se haga hincapié en la conveniencia, por no decir la necesidad, de que el editor del texto, el filólogo, preste atención a todo aquello que le permita determinar la procedencia del manuscrito con que trabaja y no

se contente exclusivamente con el estudio textual. Todo esto concurre, pues, a aumentar todavía el valor del códice como tal. Y como su conservación es misión de una de las varias especialidades del bibliotecario, es natural, pues, que el conservador de manuscritos posea esta formación pluridisciplinar que, aunque no siempre posible, es una meta ideal de nuestra profesión.

Desgraciadamente con harta frecuencia no estamos en condiciones de llevar nuestras pesquisas hasta el final, bien sea por pérdida de documentación, bien por ser nuestros conocimientos forzosamente limitados y los fondos que están bajo nuestro cuidado enormemente heterogéneos. Un bibliotecario con una preparación suficiente histórica y literaria y unos conocimientos básicos de latín y de paleografía y bibliografía, podrá desenvolverse con relativa facilidad en el inventario y catalogación de muchos manuscritos en la lengua propia o en lenguas afines, y no le será difícil la descripción de manuscritos latinos si tienen principio y final, si puede leer con facilidad el nombre del autor y el título de la obra, y si además lleva colofón con la fecha de la copia, el nombre del copista y el lugar de origen; pero todo cambia cuando el libro está falto de principio y de fin, en cuyo caso tendrán que arreglárselas para identificar el texto. En una biblioteca en posesión de una buena colección de obras de referencia y de las principales ediciones de obras teológicas, canónicas, jurídicas y científicas, a ser posible en ediciones modernas y críticas, o en su defecto en ediciones solventes, hay bastantes probabilidades de que el catalogador o el redactor de un inventario pueda llegar a feliz resultado. En caso contrario tendrá que limitarse a presentar los datos que el códice le ofrece, a completarlos con la descripción sumaria del contenido del manuscrito o con la copia de algunas rúbricas para que con estos datos un especialista en la materia o un colega más afortunado pueda completar su trabajo.

En España son pocas las bibliotecas que cuentan con los medios de las de Madrid y de Barcelona, que, sin ser extraordinarios, permiten trabajar con bastante holgura. Ahora bien si en estas bibliotecas se tropieza con tantas dificultades ¿qué ha de ocurrir con bibliotecas que carecen de los medios más indispensables? Es más, los bibliotecarios de grandes fondos, como los de la Bibliothéque Nationale de París, La Biblioteca Apostólica Vaticana, la Bibliotheca Britannica, la Staatsbibliothek de Munich, etc., a pesar de contar con magníficas secciones de referencia, se encuentran también con dificultades serias. Estos grandes centros tienen que servirse todavía para muchos millares de manuscritos, de catálogos muy antiguos, que no reúnen las condiciones exigidas por la ciencia moderna. Poner estos catálogos al día es obra de muchos años, pues la catalogación de manuscritos, en la forma que reclama la moderna codicología, es difícil y laboriosa. Las grandes bibliotecas publican actualmente algunos admirables catálogos parciales y no creo que en este aspecto la Biblioteca Vaticana tenga rival. Sin embargo, hace unos diez años, para informarme de lo que contenía el fondo vaticano latino, tuve que utilizar para unos seis mil códices un catálogo manuscrito del siglo XVII, corroído por la tinta, protegido con velo y en algunos lugares falto de papel. Por suerte, en ocasiones la sagacidad de los investigadores supera tales dificultades, y así este catálogo, por un dato que a una persona poco conocedora de la materia hubiera pasado por alto, permitió descubrir la famosa biblia catalana de principios del siglo XI, que durante mucho tiempo se denominó impropia-

mente Biblia de Farfa y en la actualidad es conocida con la denominación más justa de Biblia de Ripoll, hermana de la de Sant Pere de Roda, actualmente en París, ambas consideradas como los ejemplares más ricos por su iconografía que se han conservado del período románico.

Como se ve, algunas de las dificultades que hemos apuntado, son más de orden material que técnico. Una de las más importantes es la desproporción que existe entre el material pendiente de inventario, o que necesita ser catalogado de nuevo de acuerdo con los métodos codicológicos actuales, y el personal de que se dispone para esta labor. En ciertos casos podrá recurrirse a la colaboración de especialistas ajenos a las plantillas de las bibliotecas, particularmente para la redacción de catálogos de fondos especiales, como pueden ser los manuscritos de determinada procedencia, en los cuales el erudito familiarizado con la historia del país al cual pertenecía la biblioteca de donde proceden, o el paleógrafo o codicólogo conocedor de aquel fondo o de los tipos de escritura y ornamentación que en él predominan, estará en condiciones de profundizar más en su análisis y de afinar sus dataciones y localizaciones, cuando estos datos no consten en los códices de manera explícita. Son ya numerosos los estudios de este género con que contamos y los hay muy valiosos sobre bibliotecas y *scriptoria* de la alta Edad Media; pero a medida que se avance en la catalogación de los fondos de las grandes bibliotecas, estos estudios podrán ampliarse y completarse, puesto que en aquéllas han ido a parar bibliotecas de procedencias muy variadas. El mayor inconveniente de los antiguos catálogos todavía en uso, es la escasa atención que prestaron a los datos sobre el origen y viajes de los códices y a los escritos extraños al texto de los libros, que a menudo ocupan páginas que se habían dejado en blanco, y a veces proporcionan datos preciosos para la historia del manuscrito, y permiten agrupar ejemplares que no contienen datos explícitos de lugar y tiempo con otros que poseen estos datos. No es necesario encarecer el valor de estos trabajos cuando se refieren a la alta Edad Media, por cuanto en esta época difícil toda la cultura y todo el saber se encerraron en las bibliotecas y los *Scriptoria* eclesiásticos.

II

La alta Edad Media no ha sido objeto de investigación especial por mi parte, pero desde hace muchos años me ha despertado gran curiosidad y mayor admiración. Prescindiendo del renacimiento carolingio, tan trascendental para la civilización occidental, y del esplendor de la cultura islámica de España, que contribuyó al enriquecimiento de aquella civilización, considero el alto medioevo como un momento crucial de nuestra historia cultural y le encuentro la grandeza de las edades heroicas. Heroicos hubieron de ser los viajes que por fuentes literarias conocemos: los de los monjes que partiendo de las Galias o de Italia fundaron monasterios en las Islas Británicas; de los ingleses e irlandeses que vinieron al continente, de quienes se cuentan hazañas legendarias (2); de los que del

(2) Vid. J. E. SANDYS: *A History of Classical Scholarship*, I, 1906; CHRIST: *Handb. d. Bibliothekswiss.*, 2.ª ed., III; B. BISCHOFF: *Biblioteche, scuole e letteratura nelle città dell'alto medioevo* («Mittelalterlichen Studien»), I, y *Scriptoria e Manoscritti mediatori di civiltà* (Id., II); H. SCHREIBER: *Beda in Buchgeschichtlichen Betrachtung* («Zentralb. f. Bibliotheksw.», 53, 1936).

N. de Africa o de la Europa central vinieron a nuestra Península (3). Pero tal vez los contactos más curiosos fueron los que se establecieron entre ésta y las Islas Británicas, particularmente con Irlanda, los cuales no obedecieron como otros a constantes históricas. El monasterio de Britonia, hoy Santa María de Bretoña, cerca de Mondoñedo, fundado por emigrados celtas, regido por preladados de la misma procedencia y documentado entre los años 561 y 675, pudo ser al igual que otros centros de Galicia, vehículo de la ciencia de la España visigoda hacia Irlanda. Es lo cierto que las obras de San Isidoro tuvieron difusión en esta isla desde época muy temprana y que el códice sangallense de las *Etimologías*, que se cree el más antiguo de los conservados, fechado por Bischoff a mediados del siglo VII, se supone copiado en Irlanda o en Bobbio. De los ocho manuscritos isidorianos que se consideran más antiguos y posiblemente pueden remontar al siglo VII, uno (Esc. R. II. 18) fue copiado en España, dos en Francia y tres en Bobbio. Estas cifras son hartamente reveladoras de la comunicación literaria que en esta época se establecía entre países diferentes y alejados unos de otros (4).

Muy interesante es el conocido epistolario de Braulio, conservado en un códice misceláneo de la catedral de León, al que nos referimos más adelante, copiado en la España musulmana en el siglo IX (5). De las 44 cartas que lo componen me limitaré a citar una, la 42, dirigida a Tajón, que le sucedió en la sede de Zaragoza. Faltaban en España varias obras de San Gregorio, y Tajón fue a Roma para buscarlas. Braulio le pidió copia de estos libros. En otras cartas Braulio pide libros o se los piden a él. Tales epístolas son un ejemplo vivo de la circulación de libros en la España visigoda y de la actividad de un *scriptorium*, andando a la busca de libros de que carecía y a su vez facilitando libros a los demás.

Desgraciadamente los restos de la producción bibliográfica europea de esta época son muy escasos. En *Codices latini antiquiores* (CLA) (6) se registran 1809 unidades en un espacio de cinco siglos aproximadamente y en la mayoría de los casos se trata de *membra disjecta*, de muy pocas hojas y éstas a menudo con mutilaciones. El carácter caligráfico de las escrituras uncial y semiuncial, que fueron las más generalizadas entre los siglos IV y VIII, hacen menos visibles los rasgos locales o personales de las letras. El número de códices en estas escrituras conservados en España es escasísimo. El tiempo contribuyó a la desaparición de la mayor parte de los libros de esta época, al ser sustituidos por nuevas copias; y como el aspecto de estos libros en general era pobre, debió haber poco interés en conservarlos, cuando habían envejecido. Pero en el caso de España existió otro factor que hubo de influir decisivamente en la desaparición de bibliotecas enteras, que fue la invasión musulmana. Con la rápida conquista

(3) Sobre cultura española en la época visigoda, vid.: Z. GARCÍA VILLADA: *Historia eclesiástica de España*, II, c. IX; PÉREZ DE URBEL: *Las letras en la España visigoda* (en MENÉNDEZ PIDAL: «Historia de España», III, 1940); J. FONTAINE: *Isidor de Seville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique*, 2 vols. París, 1956.

(4) Para las relaciones de Galicia con el Oriente e Irlanda, vid. J. N. HILLGARTH: *The East, Visigothic Spain and the Irish* («Studia Patristica», IV, 1961) y *Visigothic Spain and early christian Ireland* («Proceedings of the Royal Irish Academy», 62 c, número 6). Ambos artículos con abundante bibliografía.

(5) Publ. por RICO, *España Sagrada*, XXX, y en edición crítica por JOSÉ MADDOZ: *Epistolario de San Braulio de Zaragoza*. Madrid, 1941.

(6) *Codices Latini Antiquiores*. Edited by E. A. Lowe. 11 vols. + supl. Oxford, 1934-1971.

de la Península la cultura tradicional vivió con mayor estrechez en el seno de las comunidades mozárabes, minoritarias y solamente toleradas. Pero es asimismo significativo que alguno de los más antiguos manuscritos conservados de esta época, con señales de haber pasado por España, se encuentren en el Extranjero desde muy antiguo, lo cual mueve a pensar que en el momento de la invasión debió producirse una emigración intensa. Muchos eclesiásticos debieron salir con sus libros. Uno de éstos podría haber sido el *Pentateuco Ashburnham*, si realmente fuera español, opinión que, en la actualidad, goza de poco crédito. Pero otros códices no tan célebres nos atestiguan la emigración de libros españoles en época remota (7). En un manuscrito de Vercelli (CLA, IV, 468 a), que contiene las *Recognitiones* de Clemens y las *Acta Petri cum Simone*, del siglo VII, en letra uncial, hay notas en cursiva visigótica y en cursiva del N. de Italia; en el lat. 10123 de la Biblioteca Nacional de París (CLA, V, 592), de fines del s. VII, que contiene la *Synopsis* de Oribasius y varios otros tratados, también en escritura uncial, hay notas marginales en letra visigótica, una nota en árabe y algunas pruebas de escritura beneventana del s. XI. Caso interesantísimo es el de los manuscritos 27 y 107 de la Biblioteca Municipal de Autun (CLA, VI, 728-29), escritos en los siglos VII y VIII. En el primero hay una parte del comentario de San Isidoro *In Vetus Testamentum* y en el segundo el comentario *In Psalmos* de San Agustín, ambos en letra seminuncial (8). Los fols. 16 y 26v-27 del manuscrito 27 fueron llenados con una cursiva, que, según Robinson, no debe ser muy posterior a la letra semiuncial en que fue copiado el códice; los folios 63-76 lo han sido con minúscula visigótica más tardía que la anterior, pero datable todavía en el siglo VIII, según el mismo paleógrafo. La parte que quedó en blanco del fol. 64, fue completada por otra mano con una semicursiva visigótica, de principios del s. VIII. Los folios 1-15 fueron escritos en Francia en una minúscula precarolingia.

Otro códice que hay que incluir entre los *hispani antiquissimi*, es el *Oracional* visigótico, actualmente en la catedral de Verona. La fiesta principal está dedicada a San Fructuoso, patrón de Tarragona, por lo que se supone que fue copiado en esta ciudad. A diferencia de los códices anteriores, este *Oracional* se copió en perfecta minúscula visigótica, y, según revela una nota del primer folio, en el año 20 del rey Luitprando (731/732), estaba en Cálter, en la isla de Cerdeña. Es probable que en el mismo siglo VIII el manuscrito pasará de Cerdeña a Pisa y de Pisa a Verona (CLA, IV, 515; Millares, 185).

No son éstos los únicos, entre los códices más antiguos en letra visigótica, que se encuentran fuera de España. Es muy significativo el caso del ms. 490 de la Biblioteca Capitular de Lucca, de hacia el año 800, que nos

(7) Sobre manuscritos unciales en España, vid. MILLARES: *Tratado de Paleografía Española*, Texto, 38 ss.; Lowe: C. L. A., IV, 468; V, 592, 678, 693 pass. y supl.

(8) Sobre Paleografía española es fundamental el *Tratado de Paleografía Española*, de A. MILLARES CARLO, 2 vols. (Texto + láminas). Para la época que tratamos véanse los caps. III y XI de esta obra y *Manuscritos visigóticos. Notas bibliográficas*. («Hispania Sacra», XIV, 1961, 337-444) del mismo autor. Las citas que hagamos de códices visigóticos las haremos por estas notas. Para el manuscrito de Autun en particular, vid. L. SCHIAPARELLI: *Note paleografiche. Intorno all'origine della scrittura visigotica* («Archivio Storico Italiano», ser. VII, vol. XII, 2, 1929, 165-207; R. P. ROBINSON: *Manuscripts 27 (S. 29) and 107 (S. 129) of the Municipal Library of Autun. A Study of Spanish half uncial and early visigothic minuscule and cursive scripts*. New-York, 1939; C. L. A., VI, 727-729.

ofrece escritura visigótica de varias manos, y letras de otras procedencias con visible influencia española (9). Estas emigraciones de libros, por circunstancias políticas o religiosas, pusieron en relación, como todas las emigraciones por estas causas, las culturas de diferentes pueblos (10). Es curiosísimo el caso del ms. 4 de la abadía de Monte Cassino, en minúscula visigótica del siglo VIII-IX, con notas en árabe y en cursiva visigótica y transliteración de estas últimas en letra beneventana del siglo XI (CLA, III, 372).

III

Pero la cultura española, a partir del siglo IX, vivió en circunstancias muy distintas de las que habían regido hasta la invasión musulmana. Fue consecuencia de ésta la fragmentación del territorio. La reconquista franca abrió el NE. de España a las corrientes del norte, y desde época muy temprana son visibles en esta zona las influencias del mundo carolingio, que se sobrepusieron a la tradición visigoda, aunque no borraron del todo sus huellas. En el resto de la España cristiana, al restaurarse las escuelas, se restauró también esta tradición. Al principio hubo gran penuria de libros. Las iglesias y los clérigos sólo tenían los de uso indispensable; más adelante se enriquecieron con libros traídos del Sur por mozárabes emigrados, que habían huído de las persecuciones cordobesas del siglo IX, y por contactos que tuvieron con los cristianos del Norte, a través de Navarra y de la Rioja (11). Es bien conocido el viaje que San Eulogio, martirizado en Córdoba en tiempo de Abderrahmen II, hizo a los países del Norte en 845. Según refiere Alvaro de Córdoba, Eulogio intentaba ir a Maguncia en busca de libros, pero el viaje no pudo llevarse a término por las guerras intestinas de Francia. Del monasterio de San Zacarías de Navarra se llevó a Córdoba un importante lote de libros en que figuraban la *Ciudad de Dios*, la *Eneida*, las *Sátiras* de Juvenal y de Horacio, unos comentarios sobre Porfirio, los *Epigramas* de Adhelmi de Malmesbury, las *Fábulas* de Avieno y un himnario. Esta índole de relaciones explica por qué hasta Córdoba llegaron destellos del mundo carolingio; pero no fueron menos importantes las relaciones en sentido opuesto. Sabemos que en 872 los hermanos Ofilón y María y el presbítero Vicente llevaron libros de Córdoba al monasterio gallego de Samos (12). Desde antiguo poseyeron libros de origen mozárabe las bibliotecas de Oviedo y León. La primera recibió un importante donativo de libros del presbítero Dulcidio de Toledo en 883, y poseyó el famoso códice ovetense, que hemos ya mencionado

(9) Vid. L. SCHIAPARELLI: *Il codice 490 della Biblioteca capitolare di Lucca e la scuola scrittoria lucchese (sec. VIII-IX). Contributi allo studio della minuscola pre-carolina in Italia*. Roma, 1936 («Studi e Testi», 36; *Millares*, 57; C. L. A., III, 303 a.

(10) Vid. BISCHOFF: *Mittelalterliche Studien*, II, 315; C. L. A., I, 44; IV, 468, 515; V, 519, 626, 640; VI, 705, 727 a, 728, 729, 774 c; VII, 918 pass.

(11) La documentación más importante de las bibliotecas de esta época la ha publicado el P. RISCO en la *España Sagrada*, XXXIV, y pass, recogida por BEER en *Handschriftenschätze Spaniens*. Viena, 1894. Véase también GÓMEZ MORENO: *Iglesias Mozárabes*, I, 347 ss. No difieren mucho del estado que revelan estos documentos del reino de León, los de la diócesis de Urgel, extractados por P. PUJOL Y TUBAU: *Dela cultura catalana mig-eval* («Estudis Universitaris Catalans», VII, 1913, 1 ss.

(12) BEER, L. c., 428. Sobre la actividad literaria de los mozárabes, vid. SIMONET: *Historia de los mozárabes de España*. Madrid, 1897-1903.

al referirnos a manuscritos españoles en escritura uncial. Una mano tardía completó este códice hacia los años 778 y 779, y se cree que fue adquirido por Eulogio de Córdoba, quien le añadió un nuevo mapamundi esquemático, origen de una abundante familia cartográfica, que se extendió por toda Europa (13). Este códice, de indudable origen mozárabe, contiene un inventario de libros del año 882 (14), uno de los más antiguos de España, en el que figuran 41 manuscritos. Los escritores eclesiásticos se encuentran en franco predominio, pero también figuran en él poetas cristianos Juvenco, Prudencio y Draconio, algunos libros gramaticales y los siguientes autores profanos: Catón, Virgilio, Ovidio y Juvenal. Es también de origen mozárabe el manuscrito misceláneo de la catedral de León n.º 22, que contiene textos patrísticos, entre los cuales el célebre espistolario de Braulio ya mencionado, y, al final, por otra mano, las actas del concilio de Córdoba de 839, en las cuales Díaz y Díaz ha creído encontrar firmas originales. A principios del siglo X este manuscrito fue transportado al monasterio de los santos Cosme y Damián, en el Abellar, fundado por el abad mozárabe Cixila, de quien recibió un importante donativo de libros (15).

Estas emigraciones desde Córdoba y desde Toledo llegaron hasta Cataluña, en donde la ciencia cordobesa tuvo acceso desde el siglo X, según demostró con sólidas pruebas, todavía existentes, Josep M.^a Millás Vallcrosa (16). Las traducciones latinas de obras científicas árabes que Millás descubrió en manuscritos de Vic y Ripoll anteriores a la conquista de Toledo, justifican el viaje de Gerberto de Aurillac a Vic, a fines del siglo X, por instigación del conde Barcelona, Borrell II, en tiempo de Ató, obispo de Vic, uno de los hombres más sabios de su tiempo.

Fácil es darse cuenta después de lo dicho, del papel que desempeñó en España el elemento mozárabe desde el siglo VIII hasta el siglo XI, tanto en calidad de receptor como de transmisor de cultura. Los mozárabes con lo que conservaron de sus antiguas bibliotecas ayudaron a la formación de las de los cristianos del Norte y al resurgimiento de su antigua cultura. Las emigraciones fueron un factor decisivo para que lo que aquellos habían asimilado de la cultura árabe lo difundieran por la España cristiana y ésta por Europa. Tales circunstancias dieron sello muy peculiar a la cultura y al libro español de aquellos siglos. En esta empresa participó también, aunque tal vez esporádicamente, el monacato femenino. Parte del *Codex Regularum* del Escorial fue copiado en el monasterio de Bobadilla por la monja Leodegundia, a mediados del siglo X (*Millares*, n.º 17) y otra monja Ende, colaboró con el pintor Emeterio en la iluminación del *Beato* de Gerona, procedente de San Salvador de Távara.

Los restos que nos han llegado de la producción codicográfica española de los siglos X y XI son importantes. Sin embargo las pérdidas han

(13) Atribuye origen cordobés al códice Ovetense D. MANUEL GÓMEZ MORENO: *Iglesias mozárabes*, I, 347, n. 1; para D. A. MILLARES este origen es cierto (*Los códices visigóticos de la Catedral de Toledo*, 63 ss. *Manuscritos visigóticos*, n.º 29). Posteriormente, G. MENÉNDEZ PIDAL y el P. Custodio Vega han sostenido el origen toledano del Ovetense, opinión a la que se ha adherido con gran firmeza M. C. DÍAZ Y DÍAZ: *La circulation des manuscrits dans la Péninsule Ibérique* («Cahiers de Civilisation Médiévale», 12, 226-227).

(14) BEER, o. c., 376 ss.

(15) GÓMEZ MORENO: *Iglesias*, I, 347, n. 1.

(16) El tema ha sido tratado por J. MILLÁS VALLCROSA: *Assaig d'Història de les idees físiques i matemàtiques a Catalunya a la Catalunya medieval*. Barcelona, 1931.

debido ser también muchas. En el último censo de códices visigóticos figuran 241 piezas, en su mayoría de los siglos mencionados, algunas de las cuales son solamente exiguos fragmentos (17). El aspecto de estos manuscritos, como todos sabemos, es inconfundible, no sólo por escritura sino también por la decoración e ilustración, que los diferencia de cuanto se había hecho antes y se hizo después en miniatura y decoración de libros. No vamos a entrar a fondo en el problema del arte de estos libros, sino que nos limitaremos simplemente a recoger algunas opiniones sobre posibles influencias que sobre ellos han actuado, opiniones dispares que demuestran que estamos lejos de haber hallado la solución definitiva. Nos fijaremos solamente en aspectos decorativos, sin ahondar en el problema iconográfico. En las iniciales abundan los temas zoomorfos, en especial las combinaciones de aves y peces, temas antropomorfos, e incluso pequeñas escenas con figuras diversas. Su carácter a menudo es rudo y en él se reconoce el estilo que culmina en los *Beatos*. Asimismo ofrecen algunos de estos manuscritos los característicos exlibris en forma de laberinto, que ocupan la página entera y se asemejan a las llamadas miniaturas de tapicería (*Carpets miniatures*) (18). El repetidamente citado ms. 22 de la Catedral de León (*D. Bordona*, 286; *Millares*, 37) (19) contiene a más de las consabidas iniciales con pájaros y peces, otras con figuras humanas, al igual que el códice patristico de la catedral de Urgel, copiado por el presbítero Isidoro en 938 (*D. Bordona*, 335; *Millares*, 181). La circunstancia de que en su colofón se consigne la correspondencia de esta fecha con los años de Abderrahmen, induce a pensar que este libro se copió en la España musulmana. Domínguez Bordona lo supone de origen andaluz y Díaz y Díaz le atribuye origen aragonés (20).

Quisiera detenerme en la variada e interesante ornamentación del célebre *Antifonario* de la catedral de León, pero no lo haré para no abusar de vuestra atención. Este códice, de aspecto muy arcaico, fue copiado para un abad Ikila, que Millares identifica con un personaje del mismo nombre, que vivía en tierras leonesas entre los años 917 y 980. Sin embargo en el fol. 4v. hay notas marginales correspondientes a los años 1062 y 1063 y en el 26 otras de los años 1069-1070, lo cual ha dado lugar a dataciones muy dispares. García Villada (21) fechó el códice en 1069; Domínguez Bordona (22), en 1062; Millares Carlo (23) antes de este año Díaz y Díaz (24) opina que el *Antifonario* pertenece a la segunda mitad del siglo XI, a causa de

(17) MILLARES, en *Hispania Sacra*, XIV, 337 ss. Anteriormente habían hecho el censo de códices visigóticos CH. U. CLARCK: *Collectanea Hispanica*. Paris, 1920; GARCÍA VILLADA: *Paleografía Española*, I, 93 ss.; D. DE BRUYNE: *Revue Bénédictine*, XXXVI, 1924, 5 ss., y el mismo MILLARES, en *Tratado de Paleografía Española*. Texto, 451 ss.

(18) DOMÍNGUEZ BORDONA: *Ex libris mozárabes* («Arch. esp. de Arte y Arq.», 11, 1935, 153-163, 16 láms.

(19) DÍAZ Y DÍAZ: *Cahiers de Civilisation médiévale*, 12, 224; del mismo: *El manuscrito 22 de la Catedral de León* («Archivos Leoneses», 1969, 133-168).

(20) Vid. A más de PUJOL Y TUBAU: *De Paleografía Visigótica a Catalunya* («Buletí de la Biblioteca de Catalunya», IV, 1917, 12-24). DOMÍNGUEZ BORDONA: *La miniatura*. Barcelona, 1950, p. 21; P. BOHIGAS: *La ilustración y la decoración del libro manuscrito en Cataluña. Período románico*. Barcelona, 1960, 23-24 y 34; DÍAZ Y DÍAZ, en *Cahiers de civilisation médiévale*, 12, 392, n.º 229.

(21) *Paleografía*, I, p. 105, n.º 45.

(22) *Manuscritos con Pinturas*, I, n.º 282.

(23) *Tratado de Paleografía Española*. Texto, p. 105, n.º 45.

(24) *Archivos Leoneses*, VIII, 1955, 236 ss.

sus cuatro prólogos que, según él, pertenecen a esta época. El Dr. José Vives (25) no admitió este razonamiento y defendió la fecha del siglo X. Para M.^a Elena Gómez Moreno (26) el actual *Antifonario* es copia muy fiel de un manuscrito del siglo X, quizá obra del mismo San Froilán, obispo de León (900-905), supuesto autor de la notación musical, lo cual podría explicar su arcaísmo. Finalmente Millares en fecha más reciente lo ha considerado del siglo X, fundándose en la identificación que él hace del abad Ikila, y supone que su modelo fue probablemente andaluz; acaso escrito en Beja. Si esta identificación es cierta el códice se puede fechar en la segunda mitad del siglo X, época en que la distinción del -ti y el-tj, que en él se observa, era ya constante.

No se resistir a la tentación de dedicar unas palabras a la *Biblia Hispalense* (D. Bordona, 895; Millares, 75), el ejemplo más típico de miniatura mozárabe en la época califal (27). Fue donada por Servando, obispo de Bastigi, a Juan, obispo de Córdoba; en 998 estaba en la iglesia de Sevilla y en época incierta pasó a la de Toledo. Las rúbricas de este códice son en letras capitales y unciales enlazadas, coloridas por lo general con verde y carmín vivos y también con sepia. En las iniciales encontramos las consabidas combinaciones de aves y peces y en algunas también temas fitomorfos y lineales. Aparte de estos temas figuran el trenzado y arcos de herradura en dos ocasiones: en el fol. 70v. sin color y con hojas de acanto de capiteles y base, y en el fol. 278, coloridos con azul, verde, amarillo, minio y ocre, con capiteles de ataurique y hojas de canto, y con el buey y el águila, símbolos de los evangelistas Lucas y Juan respectivamente, correctamente dibujados en los huecos de los arcos mayores que engloban los arcos gemelos que contienen los cánones de Eusebio. Hay además la representación de los profetas Miqueas, Nahum y Zacarías, en forma de grandes viñetas, coloridas al aguazo, al igual que el resto de elementos pictóricos del códice. Según Gómez Moreno (28), esta *Biblia* «es el único libro que refleja el arte en orden a decoraciones pictóricas». O. K. Werkmeister (29) trata de demostrar que el miniaturista de la *Hispalense* se inspiró en modelos cristianos, visigóticos o carolingios, del Norte de España, consciente del valor histórico, tradicional y político de un arte que se desarrollaba en circunstancias que daban actualidad a las profecías del pueblo de Israel durante su cautiverio. En las miniaturas se observa influencia ambiental en los trajes; la del profeta Nahum, en forma de cariátide sentada, expresa el significado de este nombre: «Onus Ninive».

A drede he seleccionado estos ejemplos del ornato de nuestros libros mozárabes. Ninguno de ellos es obra excepcional, pero en todos, directa o indirectamente, se ha encontrado alguna relación con Al-Andalus. En los elementos decorativos de estos libros, al igual que en la miniatura, hay un acentuado orientalismo. Según D. Manuel Gómez Moreno, la ilustración

(25) *Hispania Sacra*, VIII, 1955, 236 ss.

(26) *Archivos Leoneses*, VIII, 316.

(27) Descripción detallada en Torres Longás: *Patronato de la Biblioteca Nacional. Catálogo de códices latinos*. I. *Bíblicos*, n.º 1, 1-12.

(28) *Ars Hispaniae*, III, 394.

(29) *Die Bilder der drei Propheten in der Biblia Hispalense* («*Madridrer Mitteilungen*», 4, 1963, 141-188. Véanse especialmente pp. 184 ss.; del mismo: *Islamische Formen in spanische Miniaturen des 10 Jahrhunderts und das Problem der Mozarabischen Buchmalerei* («*L'Occidente e l'Islam nell'Alto Medioevo*», XII, 2, Spoleto, 1965, 933-967).

de los *Beatos* fue inicialmente una obra del siglo X, lo cual no obsta para que en ciertos temas, particularmente los decorativos, como las iniciales, perduren elementos orientales antiguos —sirios y armenios—, que en época muy remota se habían incorporado al arte español. Dentro de esta línea está D. Gonzalo Menéndez Pidal (30), quien ha señalado sorprendentes analogías de miniaturas españolas de la época mozárabe con el arte sasánida y con el del oriente en general, las cuales habrían llegado a España, no por el camino más fácil de Bizancio y Roma, sino en tiempos muy anteriores. Por esto M.^a Elena Gómez Moreno ha podido hablar de una tradición más hispana que propiamente visigoda, sobre la cual hubo de originarse la miniatura mozárabe. En el caso concreto de la decoración, principalmente en las iniciales, podría explicarse el orientalismo por el contacto de mozárabes y musulmanes; pero en ésta, como en otras muchas cuestiones relativas al arte de esta época, no pueden sostenerse opiniones tajantes ni menos puede uno empeñarse en defender soluciones a ultranza. Los caminos de penetración del arte oriental en Europa fueron diversos y el orientalismo había llegado a las Islas Británicas y a la Francia merovingia antes de que naciera la miniatura mozárabe. Jacques Gilmain (31), en vista de esto cree en una influencia del arte del Norte sobre la decoración de los libros mozárabes, opinión que se basa en rigurosos análisis de temas comunes. Esta teoría, que no es inverosímil, podría aceptarse si supiésemos que en las bibliotecas mozárabes se había perdido el rastro del arte anterior.

Estos pocos ejemplos de códices mozárabes que hemos presentado, nos sitúan ante apasionantes problemas de contactos culturales y al mismo tiempo nos hacen ver cuán incompletos son los materiales de que disponemos para resolverlos. Antes del siglo X el número de códices conservados es escaso. A partir de este siglo su número aumenta considerablemente y en muchos encontramos colofones con los nombres de los copistas y de los monasterios donde trabajaban. En estos siglos, pues, el elemento humano productor del libro hace ya acto de presencia. Sin embargo el libro vive todavía en el recinto eclesiástico; continuamos por lo tanto en plena época del *scriptorium* y seguramente en uno de sus momentos más brillantes. De las relaciones entre los varios centros sabemos mucho más que antes, pero nos falta mucho por saber, y la enorme disparidad de opiniones que reina en esta materia demuestra que estamos lejos de haber resuelto de modo definitivo las cuestiones fundamentales.

Hace ya años que D. Manuel Gómez Moreno hizo un intento de distribución geográfica del material librario que del mundo mozárabe nos ha llegado. Los criterios señalados por este insigne maestro han sido valiosa guía para introducir en el mundo de estos libros; pero esta labor ha de tener su complemento en el análisis detallado y exacto de las características materiales de los códices y de las escrituras de acuerdo con los métodos modernos. Actualmente, al describirse o estudiarse un códice a fondo, será conveniente prestar atención a un conjunto de detalles que

(30) *Sobre miniatura española en la alta Edad Media. Corrientes culturales que revela*. Discurso leído ante la Real Academia de la Historia..., 1958.

(31) *Interlace Decoration and the Influence of the North on the Mozarabic Illumination* («The Art Bulletin», 42, 1960, 211-218); del mismo: *Early interlace initials in mozarabic manuscripts* («Scriptorium», 15, 1961, 23-35); del mismo: *Some observations on mozarabic manuscript illumination in the light of recent publications* («Scriptorium», 30, 1976, 183-191).

solían omitirse en los catálogos o en las descripciones hasta muy entrado el presente siglo, tales como la naturaleza del pergamino; el número de los cuadernos y su composición; el doblado de la piel, indicando si el lado del pelo se enfrenta con el del pelo y el de la carne con el de la carne, o si alternan pelo-carne, pelo-carne; el rayado del pergamino, anotando si se ha hecho antes o después del plegado y si se ha hecho en el centro de la página o en los bordes; las firmas, reclamos o *custos*; la forma de la foliación, si es antigua, y el lugar de estos elementos en la página y la decoración de que puedan ser objeto; la encuadernación, si es coetánea, y lo que haya debajo de las guardas cuando sea visible; los tipos de iniciales y de decoración marginal, etc. Esta minuciosidad conviene observarla hasta la fecha de 1200 aproximadamente. Antes del siglo XIII, si el manuscrito no está fechado, conviene asimismo no ser parco en la descripción de la escritura, indicando sus nexos o ligaduras, las abreviaturas típicas, la inclinación de la letra, el final de los trazos, forma y adornos de las mayúsculas, puntuación, acentos, calderones, ortografía, notación musical, etc. En casos especiales, cuando se trate de identificar la escritura de un copista, puede ser conveniente anotar el módulo de la letra, ángulo de escritura, y el ductus, en busca de elementos de personalización (32). El temor a la prolijidad no debe arredrar a nadie. En estos trabajos de benedictino es preferible pecar por exceso que por defecto, y no debe olvidarse que los detalles personales de una escritura a veces son muy leves y sólo se captan tras un minucioso trabajo analítico.

IV

Si nos trasladamos ahora a principios del siglo XIII, nos encontraremos en un mundo muy distinto del anterior. En las ciudades se ha desarrollado una burguesía favorecida por los reyes, que muy pronto pesará en la vida política porque tendrá representación en las cortes; la cultura ha salido del recinto de la Iglesia y ha penetrado en el elemento laico; para éste se

(32) El sistema de descripción codicológica empleado por Lowe en C. L. A. creo que puede servir de modelo para trabajos de esta clase y debiera aplicarse, cuando fuera oportuno, hasta el siglo XII inclusive. Para todo lo relativo a la descripción codicológica y a nomenclatura paleográfica y codicológica, es útil tener en cuenta, aunque se trate de anticipos que pueden estar sujetos a rectificación, las circulares del *Comité international de Paléographie*. En diciembre de 1968 el *Equipe de Recherche sur Humanisme et Renaissance des XIV^e et XV^e siècle* del CNRS de París distribuyó un *Questionnaire codicologique exhaustif en vue de la réduction et du traitement en ordinateur de notices normalisées pour les manuscrits médiévaux du domaine latin*. Este cuestionario se consideró excesivo por muchos y creo que fue sustituido por otro más práctico que no llegó a mis manos. Más recientemente se dio a conocer por el mismo equipo un proyecto de vocabulario codicográfico con objeto de llegar a una nomenclatura de carácter internacional. Estas propuestas no se han impreso, que yo sepa, y han circulado en forma de fotocopias. Las que yo poseo están a la disposición de los compañeros a quienes puedan interesar. Para la identificación de escrituras es obra fundamental la de LÉON GILISSEN: *L'expertise des écritures médiévales. Recherche d'une méthode avec application à un Lectionnaire du XI^e siècle*. Gante, 1973. Es obra fundamental, aunque complicada en la práctica. Señalamos entre los trabajos que han discutido el método de GILISSEN, el de ALBERT D'HAENENS: *Pour une sémiologie paléographique et une histoire de l'écriture* («Scriptorium», 29, 175-198) y EZIO ORNATO: *Statistique et Paléographie: Peut-on utiliser le rapport modulaire dans l'expertise de l'écriture médiévale?* (Id., id., 198-234) y L. GILISSEN: *Ductus et Rapport modulaire. Réponse aux articles de MM. D'Haenens et d'Ornato* (Id., id., 235-244). ORNATO funda su estudio en métodos de estadística matemática. Según él, el trabajo crítico del paleógrafo ha de basarse en el ordenador.

escriben obras en lengua vulgar y en los inventarios que se hacen en las testamentarias, trátase de reyes, de nobles o de simples ciudadanos, aparecen ya libros y a veces bibliotecas enteras. No se trata de casos esporádicos, como el del conde Lorenzo o del rey Recesvinto que aparecen en el epistolado de Braulio, ni los libros que se ofrecen a los reyes están siempre hechos con materiales preciosos, como los que podían satisfacer la vanidad o la codicia de un rey merovingio. El libro ahora penetra en clases sociales de las que antes estaba alejado. Además en el siglo XIII la fundación de los estudios generales fue en aumento y en ellos se creó el oficio de estacionario, encargado de facilitar los *exemplaria* de las obras de texto aprobadas por la universidad a quienes quisiesen obtener copias, y que al mismo tiempo disponían de volúmenes para la venta. Así nació el comercio de librería, que aunque limitado antes de la invención de la tipografía, contribuyó eficazmente a la circulación del libro.

Esta secularización de la cultura tuvo una consecuencia importante que fue la secularización del copista de libros y su profesionalización. Los copistas y otras personas que participan en la confección del libro, han convertido estas actividades en un oficio *ad panem lucrandum*, del cual lo mismo se aprovecharon los eclesiásticos e instituciones religiosas que los laicos.

En este ambiente el mundo del libro adquiere una diversidad hasta entonces desconocida. Con el copista profesional y los oficios relacionados con él (pergamineros, papeleros, iluminadores, encuadernadores, etc.), nació una nueva artesanía que residió preferentemente en las ciudades universitarias o en las poblaciones de mayor vida cultural, en las que se establecieron talleres de copia. Ahora bien: lo mismo los libros salidos de las universidades que los de los talleres particulares se distinguen por una cierta uniformidad. En los últimos siglos de la Edad Media hay mucha mayor variedad en la presentación de los libros que antes, porque hay mayor variedad de lectores; pero con la profesionalización de la copia y de los oficios anejos, se formaron tipos de libros con estilos muy uniformes, como puede verse en las Biblias de París, que se propagaron por doquier en el siglo XIII, o en los libros jurídicos que salieron del estudio de Bolonia. Ciertos tipos de orlas y de iniciales nacidos en estos grandes centros arraigaron tanto en otros países que resulta difícil a veces distinguir los libros venidos de fuera de otros hechos en el mismo país. Ocurre esto en los dominicos de la antigua Corona de Aragón, en donde se formó un estilo francogótico y otro italogótico de iluminación, tan bien asimilados, especialmente el primero, que pueden originar confusiones.

En la baja Edad Media este mundo del libro es mucho más complejo que en épocas anteriores. Por tal motivo no intentaremos describirlo y nos limitaremos a citar un pasaje de Richard de Bury, obispo de Durham (1287-1345), que de modo directo nos evoca esta complejidad. Ricardo fue canciller de Enrique III de Inglaterra. Con entusiasmo y realismo nos cuenta como formó su biblioteca. Quienes querían obsequiarle —dice— sabían que los regalos que más le complacían eran los libros; las embajadas le proporcionaban ocasiones de ver y obtener muchos. Los frailes mendicantes que iban a las universidades, le facilitaban su tarea con las noticias que le traían; tenía en su residencia buen número de copistas, correctores, encuadernadores y toda clase de personas que tuviesen que ver con libros. Pero por encima de estas facilidades, el medio más impor-

tante fue recurrir a estacionarios y librerías, esparcidos por su patria y por Francia e Italia, adelantarles dinero y pagar sin discutir el precio. Ni la distancia ni el furor del mar —son sus palabras— obstaculizaron estas operaciones. La paga nunca faltó y los libros que le interesaban, llegaron siempre. Compraba códices sin fijarse en el precio, dondequiera que los hallara, y, si no podían venderse, los hacía copiar de la mejor manera posible (33).

En estos últimos siglos de la Edad Media aumentó mucho la circulación del libro. Se viajó más. En las grandes universidades se congregaba gente de todas partes. El carácter eclesiástico, de aquéllas, el uso del latín como lengua única de la cultura superior, crearon una verdadera cultura europea, con enormes posibilidades de intercambio especialmente entre los centros que están a la cabeza de esta civilización y los centros menores. El régimen pontificio de las universidades abría sus puertas a maestros de todos los países, de tal modo que el hecho de enseñar en París, en Bolonia o en Salamanca no tenía nada que ver con la patria del maestro.

En esta época las escrituras son muy variadas. En algunas letras cursiva y notariales las diferencias se deben a su carácter regional o local, pero en las escrituras librescas, para las cuales utilizaré la denominación no muy precisa de letras textuales, los caracteres específicos se deben al poder de irradiación de los grandes centros universitarios que las usaron, como París y Bolonia. Estas escrituras circularon fuera de estos centros porque en ellos había una copia organizada y a su sombra un pequeño comercio que hizo circular los libros por doquier. Por esto no es raro hallar en lo que nos ha llegado de antiguas bibliotecas y en las que todavía se conservan en nuestras catedrales, códices bíblicos, teológicos y jurídicos que trajeron consigo los estudiantes que habían frecuentado universidades foráneas. Nuestro maestro de escritura, como un tal Vicente Panyella de Barcelona, cuya actividad docente ha sido seguida por Josep M.^a Madurell entre 1441 y 1444 (34), enseñaba la práctica de variados géneros de escritura, que denomina *capsada bolunyesa*, *abolunyenca* (!) *rodona*, *avinyonenca*, *tirada cathalana*, *bastarda*, *escolástica*, *brisada* (¿fracta?), etc. Sería temerario pretender identificar estas letras, porque no conocemos sus modelos, pero denominaciones como *avionesa* y *bolonesa* sugieren escrituras forasteras que se habían introducido en el país.

Esta profunda transformación no sólo cambió el panorama intelectual sino también la manera de producirse. En el primer Medievo el centro de actividad fue el *scriptorium* y los contactos culturales se producían partiendo de él. Al fundarse y desarrollarse las universidades la mayor fuerza residía en las órdenes mendicantes, cuyos miembros hacían menos vida claustral que los antiguos monjes y tenían mayor contacto con la sociedad que les rodeaba. En los estudios generales se ponían en contacto con gentes procedentes de toda la geografía europea. En este ambiente la circulación del libro fue mucho más fácil, tanto para los clérigos como para los laicos. Entre éstos los matrimonios reales y de la alta nobleza abrían caminos a la penetración de literaturas y modas extranjeras. La poesía

(33) RICHARD DE BURY: *Philobyblon*, cap. VIII.

(34) Vicente Panyella, *maestro de escribir renacentista* («Bol. de la R. Ac. de Buenas Letras de Barcelona», XXII, 1949, 183-192).

occitana primero, la literatura en lengua de oil más adelante y finalmente la literatura italiana del *trecento* y del primer renacimiento tuvieron aceptación en toda Europa y sus obras más representativas se tradujeron a la mayor parte de lenguas y fueron imitadas por todas las literaturas... Estos contactos literarios podemos conocerlos a través de los manuscritos conservados y por antiguos inventarios de libros en donde se registran muchos volúmenes perdidos.

En la cultura erudita, la de los clérigos, se repite el mismo fenómeno. Las grandes corrientes del pensamiento al igual que la ciencia, que en gran parte vivía del legado griego pasado por los árabes, es común a toda Europa: Pedro Lombardo, Nicolás de Lyra, el *Decreto* de Graciano, las *Decretales*, los grandes escolásticos, los nominalistas, los humanistas del primer renacimiento italiano y los grandes comentarista de figuras y textos señeros, etc., etc. son pasto común de todas las escuelas europeas (me refiero siempre a la Europa de cultura latina, cualquiera que sea su expresión lingüística: latina, germánica o eslava), y lo que nosotros buscamos en los fondos antiguos de nuestras bibliotecas y en los antiguos inventarios, que en parte nos compensan de sus pérdidas, es el testimonio de esta realidad cultural, los contactos que motivó, la manera como se produjeron y la aportación grande o pequeña de nuestros hombres a las grandes corrientes de cultura.

Ahora bien: para conocer la procedencia del manuscrito erudito, que no tiene el distintivo del idioma como los que contienen obras en lengua vulgar, hemos de recurrir a datos codicológicos extratextuales. Los más importantes son los que nos declaran su origen y sus diferentes poseedores; pero, como en la mayor parte de códices estos datos han desaparecido con el cambio de encuadernación, habremos de recurrir cuando no dispongamos de documentación pertinente, como los contratos de copia o de iluminación, a recursos paleográficos y extrapaleográficos, como la decoración de iniciales y las miniaturas, que a veces son más elocuentes que la misma escritura.

Al principio me he referido a las dificultades que ofrece la catalogación minuciosa de gran parte de bibliotecas por el esfuerzo y el tiempo que esta labor requiere, por cuyo motivo es recomendable a menudo limitarse a un inventario más reducido como solución provisional e inmediata. Ahora bien creo que en estos inventarios se puede abreviar bastante la descripción del contenido del libro cuando se trata de obras y autores conocidos, sobre los cuales el manuscrito contiene datos suficientes. En cambio conviene no ser parco en reproducir los datos que el manuscrito contiene sobre su origen y sus sucesivos poseedores, la forma cómo llegó a la biblioteca, en qué fecha y por qué caminos, etc.

El interés de un grupo muy importante de manuscritos latinos (autores antiguos, Padres de la Iglesia, Escolástica, Derecho civil y canónico, medicina antigua, los comentaristas de las fuentes de estas ciencias, etc.) estriba, la mayor parte de veces, en motivos ajenos a su contenido. Un códice de Justiniano podrá interesar a un historiador del Derecho Romano por particularidades de su texto, pero a este especialista y a otros que no lo serán, les interesará también en tanto que testimonio de un movimiento cultural. En tal caso muchos acudirán a dicho manuscrito no por el texto sino por motivos extraños al mismo, y el interés variará

según que se haya copiado en el país o que haya venido de fuera, y en este segundo caso según la fecha de su copia. A un manuscrito justinianeo de fines del siglo XIII, que hubiese ingresado en una de nuestras bibliotecas en fecha muy cercana a la copia, se le reconocerá un valor muy distinto que a otro que hubiese entrado tardiamente o por compra moderna. Este podrá valer por su texto o como pieza bibliográfica, pero será ajeno a nuestra cultura histórica, que no se compone solamente de lo que nuestros hombres produjeron, sino también de lo que recibieron y asimilaron. Epocas de no mucha creatividad han poseído una gran cultura, porque contaron con grupos intelectuales, dotados de curiosidad por cuanto se producía en torno suyo y en el exterior; son, en expresión de Henri Bresc (35), consumidores de cultura y no productores ni aprendices. Aún cuando estos hombres no hayan dejado obra personal importante, sembraron ideas nuevas y crearon un clima cultural renovador. Su influencia se ejerció a través de sus lecturas y de sus enseñanzas, y nos legaron sus bibliotecas cuyo estudio es indispensable para quien pretenda hacer la historia de la cultura en cualquier época. Ahora bien: en la Edad Media este estudio debe efectuarse en una doble vertiente: literaria, a base de autores y obras, y codicológica, a base de los manuscritos que nos las han transmitido. Este segundo estudio puede revelarnos circunstancias de difusión muy importantes para el conocimiento de la proyección de los grandes movimientos de ideas en la cultura del país.

(35) H. BRES: *Livre et Société en Sicile 1299-1499*. Palermo, 1971.